

77-

HISTORIA

TODO ES

N° 178

MARZO 1982

\$ 20.000



**LA INCREIBLE
HISTORIA DE
LOS PICAPIEDRAS
DE TANDIL**

**LA OFENSIVA
CATOLICA DE 1984**

HISTORIA

Año XV N° 178. Marzo de 1982

EDITOR:
Emilio Perina

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir..."
(Cervantes. Quijote, I, LX)

DIRECTOR:
Félix Luna

CO-EDITOR:
Emilio Leonardo Perina

SECRETARIO DE REDACCION:
Emilio J. Corbière

COLABORADORES:
María Sáenz Quesada, María Granata, José Barcia, Miguel Bravo Tedin, León Benarós, Salvador Ferla, Luis Alberto Romero, Antonio Emilio Castello, Andrea Maurizi, Vicente Gesualdo, Hebe Clementi, Horacio Sanguinetti, Juan Carlos Vedoya, Trinidad Delia Chianelli, Nora Malamud.

ILUSTRACIONES:
Juan Pablo Ribeiro, Siulnas.

FOTOGRAFIA:
Archivo General de la Nación
Ignacio Dignani

CORRECTORA:
Lila Blanca Varela

ARTE Y DIAGRAMACION:
Elida Torossian

DIRECTORA ADMINISTRATIVA:
Martha De Grazia

SECRETARIA ADMINISTRATIVA:
Norma B. Rodriguez

CONTADURIA:
Yolanda N. Ledesma

SUSCRIPCIONES:
CAPITAL E INTERIOR
\$ 240.000. - por seis meses \$ 120.000. -
EXTERIOR US\$ 55

Dirección, Redacción, Publicidad y Administración: Viamonte 773, piso 3° - Tels. 392-4803/4903 - 393-7773

Está prohibida la reproducción total o parcial del material contenido en esta revista, tanto en castellano como en otro idioma.

Amigo lector

La hipertrofia del Estado argentino empezó hace muchos años y no hay régimen, civil o militar, constitucional o de facto, que en mayor o menor medida no haya contribuido a aumentarla. Por razones doctrinarias, por motivos de emergencia, por propósitos demagógicos o por voracidad administrativa, a través de medio siglo el Estado fue multiplicando sus organismos, aumentando sus atribuciones, invadiendo áreas y se convirtió, finalmente, en lo que es hoy: el responsable de casi la mitad del producto del país. Naturalmente, ese proceso se correspondió con otros similares en el mundo y en algunos casos respondió a cambios universales. Pero dejando aparte los regímenes socialistas, hay pocas naciones formalmente adscriptas a un sistema capitalista que tengan un sector público tan enorme y omnipresente como el argentino.

Este fenómeno ha sido analizado suficientemente y existe en la opinión pública una razonable uniformidad sobre la necesidad de reducirlo. Pero ¡qué curioso! Cada vez que se intenta meter mano en un área estatal para achicarla o anularla, cada vez que se pone en tela de juicio la utilidad de algún organismo, cada vez que se atisba la posibilidad de hacer retroceder el poder del Estado en un terreno concreto, surgen voces en contrario. Todos están de acuerdo en achicar el Estado pero siempre aparecen opiniones asegurando que no debe hacerse en tal o cual sector. Militares, políticos, sindicalistas, ruralistas, funcionarios, técnicos o periodistas, siempre hay alguien que invoca el interés público, la soberanía, la moralidad, la oportunidad o la seguridad, para postular excepciones en tales o cuales casos. Como si se dijera que está bien achicar el Estado, pero está mal hacerlo en el feudo particular del quejoso...

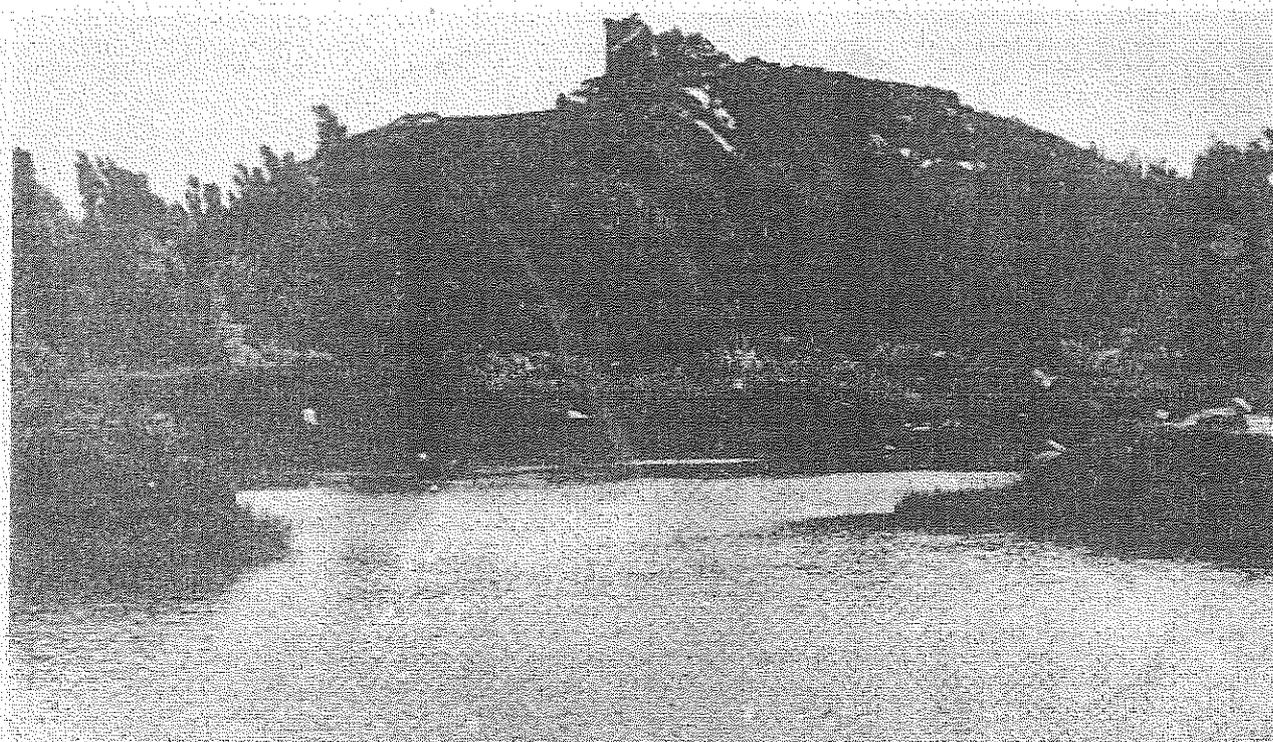
No todos reaccionan así con una intención de defender intereses personales o de sector. Esto no sería de asombrarse porque, en definitiva, nadie se rasca para afuera... Lo inquietante es la defensa de buena fe que suele hacerse de algunas indefendibles funciones del Estado, porque ello revela la perversión que obnubila la mentalidad de muchos buenos ciudadanos. Son los que ponen el sello de una repartición sobre el interés de la comunidad; los que confunden la sigla de un organismo con la bandera argentina. Tantos años de tergiversación han concluido por confundir lo instrumental con los fines superiores del Estado; entonces, delegar a la actividad privada la recolección de la basura, es casi una traición a la Patria...

Si es verdad que el actual gobierno está decidido a una enérgica política de "desestatización", habrá que superar esa perversión. Habrá que distinguir claramente aquello que es propio de la función superior del Estado y lo que es adventicio y prescindible. Definido esto, no importarán las voces interesadas: la opinión pública sabrá distinguir las y, en consecuencia, invalidarlas.

FELIX LUNA

CORTANDO PIEDRA

por Hugo Nario



Alrededor de 1880, el Tandil, antiguo fortín de avanzada fundado por el gobernador Martín Rodríguez en 1823, estaba transformando su aspecto aldeano. Los campos habían sido limpiados de indios y de gauchos alzados, los títulos de propiedad estaban casi en orden, la agricultura aprendía a servir a la constante expansión ganadera que iniciaba algunos intentos de tecnificación; el

telégrafo, el Banco, el Ferrocarril y las escuelas cubrían necesidades de la creciente población, que gobernaban una nueva promoción de ganaderos y los nuevos burgueses: comerciantes, agricultores y profesionales que hallaban expedito el camino al poder. En el país se había restañado ya la sangre derramada en los campos del Paraguay. Se alambraban las estancias, se vivía la fiebre del la-

nar, se construía el puerto, se federalizaba Buenos Aires y se fundaba La Plata. La nueva ley orgánica de las Municipalidades sancionada por la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires daba intendentes elegibles a los pueblos y a su través se canalizaban los esfuerzos vecinales por alcanzar los instrumentos del progreso que alentaba la generación del '80: educación, edificios públicos,

1/ La laguna del Cerro Leones, donde las mujeres lavaban sobre las piedras de sus orillas. En su fondo —decían— había una cantera sumergida y se hallaba Pajmira, la niña que se ahogara cuando fuera a buscar agua.

2/ Picapedrero, alrededor de 1915, rayando una piedra que luego cortará en adoquines. Llegó a haber hasta 2 mil hombres de esta especialidad, sobre un total de casi 3 mil canteristas y peones, y su habilidad fue prodigiosa para desentrañar los secretos del duro granito tandilense.

3/ Picapedrero cortador. Preparaba los bloques de granito en plotas y pilastrines, para que los adoquineros los transformaran en adoquines.

2



3



9

transportes, obras, pavimentos, trabajo, riqueza.

Las calles de Buenos Aires habían comenzado a empedrarse. La mayor parte de la piedra labrada —el adoquín— se traía del Uruguay, de Brasil y de Europa.

En 1883 llegó al Tandil el Ferrocarril del Sud. Poco tiempo después se ensayaba un embarco de piedra labrada —adoquines y cordones— para Buenos Aires. Las excelencias del material recibido y su buen precio volcó la decisión en su favor. A partir de entonces, la piedra labrada en las sierras del Tandil, adoquines, cordones, granitillo, bloques para ornamentar los edificios, inundaría las ciudades de la joven república.

Años más tarde, el despertar social de sus trabajadores extendería asimismo su fama en el hervidero de las luchas sindicales.

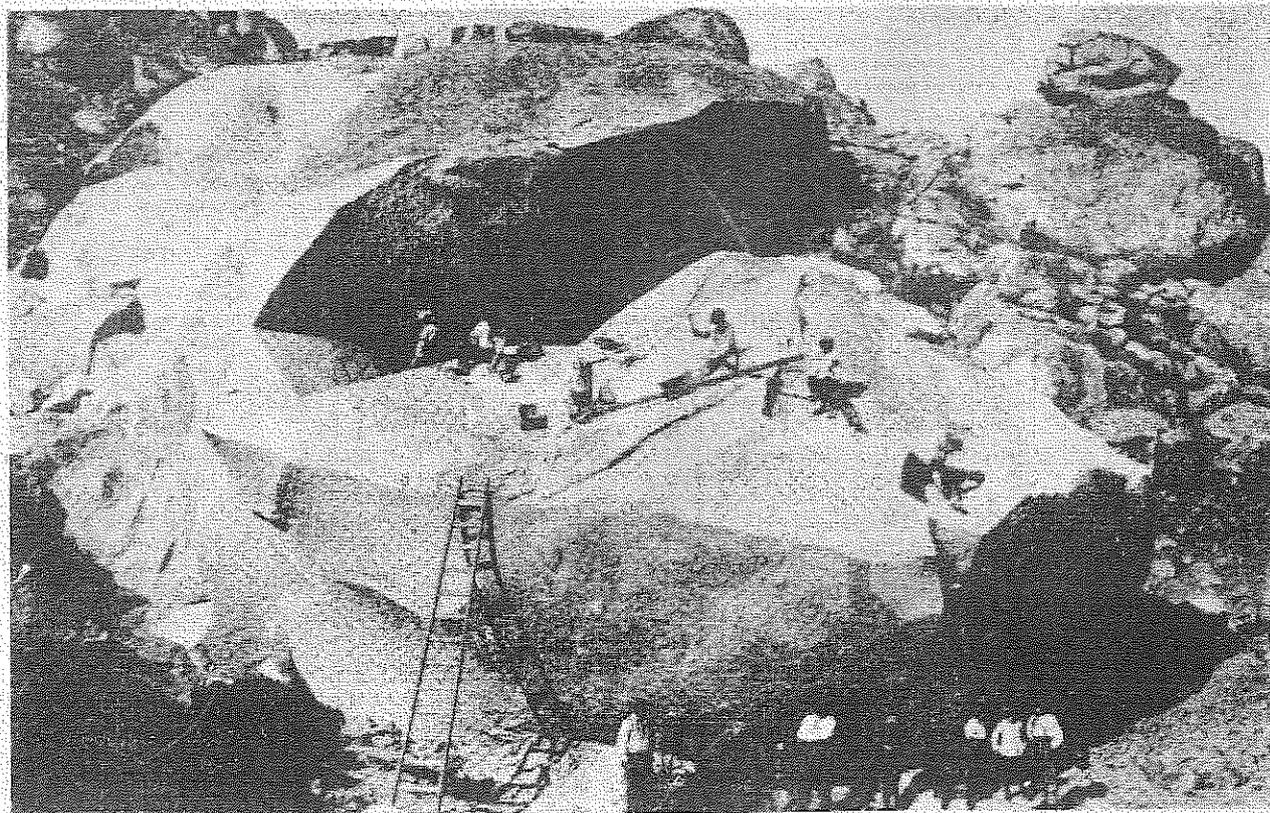
Las manos importadas

Los recuerdos más antiguos sobre picapedreros en la zona del Tandil datan de 1870. En el Cerro de los Leones, alrededor de ese año, se supone que el italiano Manuel Partassini y algunos paisanos suyos extraían granito con el que elaboraban adoquines para enviarlos por carreta hasta Buenos

4/ Como si fueran gusanos, estos dos picapedreros se encuentran en lo alto de un enorme bochón descubierto en las canteras de Azucena, a 30 kilómetros de Tandil. Treparon con escaleras hechas con rieles y cuerdas, y una vez arriba, pinchole tras pinchole, iniciaron el corte.

5/ Canteristas trabajando sobre un gigantesco bochón, al que ya le han cortado un cuarto de su volumen. Están haciendo pincholes para cortar el resto con el máximo aprovechamiento del material.

6/ Vista panorámica de una de las poblaciones que rodeaban a las canteras que funcionaban en el paraje La Movediza. Al pie de las explotaciones se formaron verdaderos pueblos, que tuvieron clubes, almacenes, escuelas, de todo. La vida y la muerte pasó por ellas.



Aires. Aquella actividad era muy restringida, el transporte lento e insuficiente encarecía el precio final y la hostilidad que los criollos profesaban hacia los gringos en aquella época de cambios tan profundos y conmovedores, hizo desistir de la empresa y durante la década siguiente no prosperó.

Un año antes de llegar la punta de rieles, el toscano Martin Pennachi, memorando experiencias juveniles de su aldea natal, San Romano di Garlagnana, fracción de Silicagnana (cima al paese) en la Toscana, experimentaba con éxito la extracción de piedra. Y cuando al año siguiente los carros con adoquines y cordones se concentraron en la estación del ferrocarril para cargarlos en los trenes, se abrió un horizonte de tumultuoso acontecer.

La mano de obra resultó insuficiente, y como no podía hallarse en la Argentina, Pennachi regresó a su aldea en Italia, y tentó a los primeros: Michelángelo de Lucia, los Sarti, los Franchini. En poco tiempo se abrió el camino. Apenas arraigaron trajeron a sus familias, y con ellas vino lo demás: costumbres, comidas, modos de vivir, de limpiar, de comer y hasta de amar y de odiar, como si aldeas enteras en una alfombra mágica hubieran cruzado el mar hasta el

corazón de las pampas americanas. Nuevos nombres distantes empezaban a enhebrar orígenes y nostalgias: Vezza D'Oglio, Brescia, Novate Mezzola, Pontenelle, Alpi, Ancora.

Y tras las noticias, vinieron también los espíritus de empresa: Maderni, Papini, José Cima, Rosello, Tonetta, Bouilack, Zavaría. Si Pennachi había iniciado la explotación en un cerro próximo a donde aún se columpiaba la Piedra Movediza, los otros buscaron en el legendario Cerro de los Leones las vetas adecuadas. Poco después, el ferrocarril siempre atento a los mercados nacientes, extendió un ramal hacia las nuevas explotaciones.

El mundo de las canteras había nacido en el Tandil.

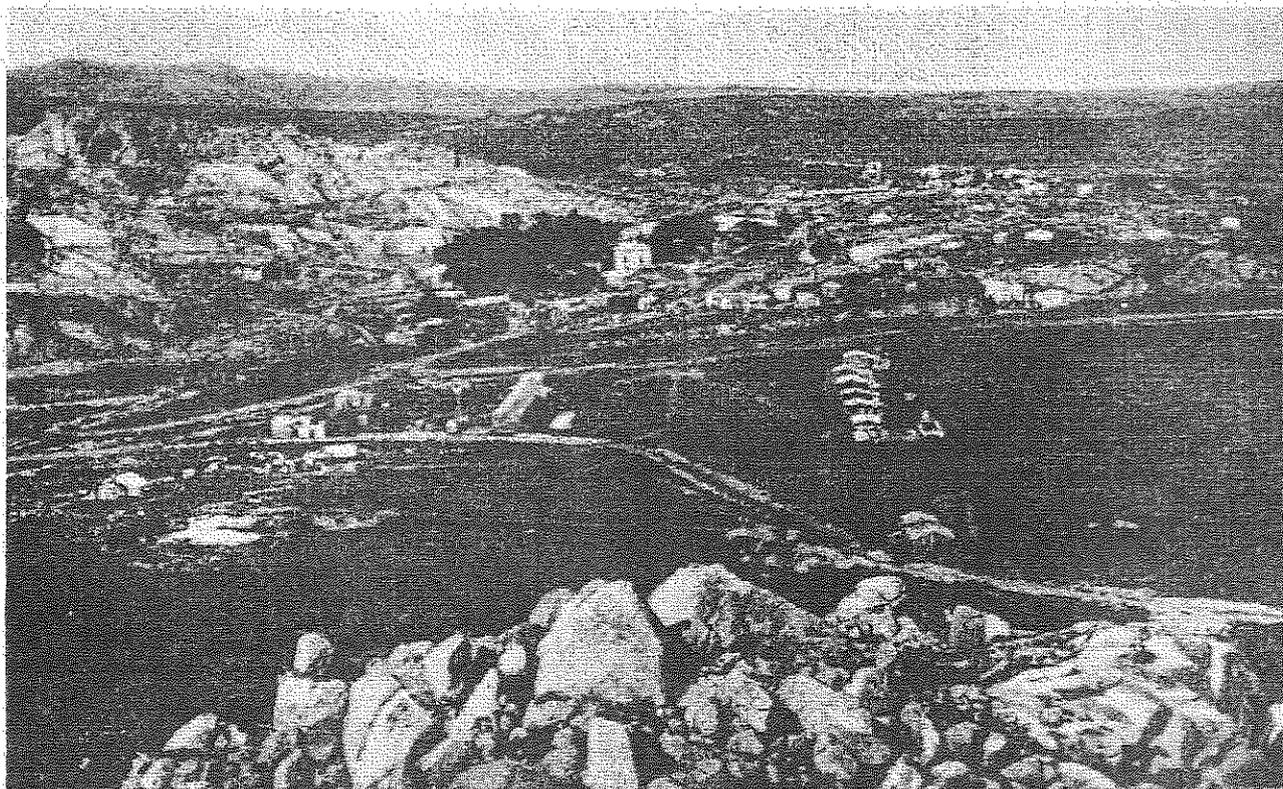
Un mundo detrás de las alambradas

Pero nadie podía llegar a saber, sino parcialmente, lo que estaba sucediendo, porque los predios donde se organizaron las explotaciones fueron cercados con altas alambradas y las gentes que allí se alojaban tarde o nunca salían y muy pocos eran los que podían entrar.

Esta vida de aislamiento tuvo explicaciones. En un comienzo, aquellos hombres y mujeres debieron sentir temor por el mundo exterior, del que instintivamente prefirieron aislarse. Ellos habían sido traídos para trabajar la piedra y los alojaron en campamentos hechos con casillas propiedad del patrono. Se les pagaba con moneda que la misma empresa acuñaba y que llamaron *plecas*. Todo cuanto necesitasen: comidas, vestidos, elementos, podían adquirirlos en los almacenes que el mismo patrono poseía dentro del perímetro de la cantera. ¿Para qué salir, entonces? ¿Cómo se hubieran entendido con gentes que hablaban otro idioma, que vestían y comían diferente? Durante años llegaban nuevos contingentes y todos aceptaban ese estado de cosas, un resabio feudal que ellos habían conocido, sin rebelarse ni condenarlo, en la propia aldea.

Pero luego la tranquera se convirtió en símbolo del sometimiento. La aherrrojaba un candado y gruesas cadenas y a veces hubo hasta gente armada. Y cuando años más tarde, tras la huelga grande, hubo que pagar a los obreros con dinero en efectivo, aún cuando el rigor de la alambrada, la tranquera y sus candados perdían fuerza, todavía se controlaba casi

6



Los bailes de socios

Las diversiones eran casi todas monogámicas y masculinas, pero en la década del '20 inventaron la forma de frecuentar el trato con las muchachas de las canteras, mediante los "bailes de socios", que se hacían en casas de familia o fondas decentes. Una veintena de muchachos hacían la lista de chicas que invitarían, gestionaban el permiso, se encargaban del músico o de la victrola, y de la compra de masas, bebidas y chocolate que luego pagarían "per capita". Isolina y Elena Calvetti eran hermosas, resplandecientes, y sin ellas no había fiesta en la barriada de La Movediza pero el papá era viejito, chapado a la antigua y sólo las dejaba si las acompañaba Tonito, el hijo mayor. Pero como a Tonito Calvetti no le gustaba el baile sino el vino, tuvieron que incluir en las provisiones, cinco litros de tinto, una damajuanita que Tonito trasegaria a su vaso y al de Julio Nelson, su invariable compañero de libaciones. Pero cuando la fiesta estaba en lo mejor, e Isolina y Elena, eran dos soles, dos flores que el viento de chotis, mazurcas, polcas y valsés arrastraba de giro en giro, y se iban a servir las masas, aparecía en el vano de la puerta Tonito.

Isolina, Elena ¡Vamos!
En los primeros bailes cundió el desconcierto y se agó el vino al acabarse el vino. Pero en los siguientes, se hizo la reserva, y tan pronto veían a Tonito en el vano de la puerta, aparecía la otra damajuanita que Tonito y Julio Nelson seguían vaciando, e Isolina y Elena, como dos soles, como flores arrastradas por los ritmos del acordeón o del gramófono, mantenían encendida la fiesta para que mañana y por muchos días, sus risas y sus giros aliviaran el agobio de jornadas al sol picando piedra, repitiendo el nombre de muchachas en edad de querer.

(Sobre una evocación de Filiberto Satti, nacido en La Movediza, Tandil, en 1912).

subrepticamente a quienes compraban en el pueblo, y dicen que anotaban a los que traían bultos de comestibles o ropas compradas afuera para luego tomar represalias, ante cualquier infracción a las normas de trabajo.

Prodigios del oficio canteril

El oficio de picapedreros estaba hecho de minuciosos detalles que vistos a la distancia parecían mágicos.

Los capataces trepaban ágilmente por las piedras, a veces acompañados del propio patrono, que solía ser el más entendido de todos.

Reconocían los llamados mazos, o bien la ubicación de gigantesco bochones y su posición relativa en la pendiente, la calidad de la piedra que los formaba, estimaban su profundidad, la nitidez de sus vetas, los obstáculos que se opondrían al desprendimiento de los bloques cuando los cortasen, o si alguna partenza podía facilitar tales cortes. Luego, tras la evaluación, indicaban a los barrenistas donde debería ir la perforación para que la pólvora, al detonar, rajara o abriera la piedra en el sentido de la veta elegida, de modo que tras uno o dos cortes complementarios, se lograra su separación del bloque madre y fuese apto para subdividirlo luego en tamaños menores hasta alcanzar el de los adoquines y cordones.

El barreno era una perforación que podía hacerse a plomo o transversalmente, mediante una barra de acero afilada en uno de sus extremos. La Cubía que los abría estaba integrada por tres barrenistas. Dos golpeaban alternativamente con sendas mazas al barreno, mientras un tercero, sentado sobre la piedra, lo hacía girar un cuarto de vuelta tras cada golpe. La herramienta penetraba así lentamente en el corazón de la piedra, pero cada veinte centímetros debía ser reemplazada por otra, de filo reciente, que se mochaba en los veinte centímetros siguientes. Al fin de la jornada habían alcanzado a penetrar un metro en el mejor de los casos, y hubo veces en que se requirieron barrenos de hasta seis metros. El bocha, un peoncito de la Cubía, cargaba al hombro los barrenos desafilados y los llevaba a la herrería.

Hecho, el capataz estimaba con el foguín de los barrenos la carga de pólvora que llevaría, porque si fuese insuficiente la piedra no llegaría a rajarse hasta la base del corte, y si fuese excesiva, arriesgaría a empujar el bloque con demasiada vehemencia y caería sobre la cancha en otra cara que no fuese la elegida.

La sorda explosión de la pólvora compactada con tacos de madera (las chispas de los de metal podían encender la pólvora a destiempo y originar un accidente) produciría el corte, a veces nada más que una raya apenas perceptible recorriendo la veta por donde se había abierto el peñasco.

Confirmada o estimada la extensión y profundidad del corte, había que completar la operación con uno o dos cortes más para abrir los otros planos que liberarían al bloque proyectado y lo harían caer en Cancha, es decir, en la superficie limpia y plana donde se instalaban las Compañías (trios o cuartetos de picapedreros cortadores, retrendadores y adoquineros o cordoneros). Esos cortes podían hacerse con barrenos, si los planos a abrir eran muy grandes, o con pinchotes si eran menores.

La técnica del pinchote, que por repetida hasta el infinito pasó a ser rutina entre los picapedreros, tenía toda la fuerza de un prodigio.

Se reconocen en la piedra tres vetas por las que se cortará como un pan de manteca bajo un cuchillo caliente: la seda, el trincante (que la corta perpendicularmente) y el filgús, que prolonga la línea del trincante en las caras adyacentes de la piedra. A lo largo de una de estas tres caras el picapedrero cortador marcaba con el scarpel una línea de pocos milímetros de profundidad. Luego, separados entre 4 y 5 centímetros, haría los pinchotes, unos agujeros de sección triangular y cuya hondura rara vez excedía los cinco o seis centímetros (salvo en los cortes demasiado importantes y profundos, en que alcanzaban los ocho o diez centímetros). Estos agujeros o pinchotes se hacían a todo lo largo de la raya trazada sobre la veta elegida. Hechos, se introduciría en cada uno de ellos una cuña de acero a la que también llamaban pinchote. Calzada cada cuña en el respectivo agujero, con una maza comenzaban a golpearlas sucesivamente mientras se desprendía un sonido musical. Un nuevo toque, y a espe-

rar de nuevo que el corte trabajase. A veces, ese toque o el siguiente bastaban, y la piedra se abría. Dos caras perfectas, brillantes, como si las hubiesen cortado con una sierra, quedaban al descubierto.

Así iban cortándose y recorriéndose los bloques, hasta alcanzar el tamaño de plotas o pilastrines que se entregaban a los picapedreros adoquineros para que de ellos, tras nuevos cortes, extrajeran los adoquines, paralelepípedos de 20 centímetros por 15 por 14. Con esos adoquines se pavimentó buena parte de las calles del país.

Además de adoquines se hacían cordones, bloques de un metro aproximadamente, por 14 a 18 centímetros de espesor para delimitar aceras de calzadas, y otros de distintas medidas para revestimiento de frentes y base de construcciones y monumentos.

Vida tumultuosa

Nunca llegó a determinarse con exactitud cuántos obreros trabajaron en las canteras durante los periodos de esplendor, ni siquiera por cuánto tiempo se extendieron tales esplendores. Mientras yo lo ubico alrededor de 1913, (con altibajos antes y en franco descenso después, salvo aislados picos de reactivación en general muy breves) la fantasía y el cálculo alegre hicieron trepar algunas estimaciones, hasta los 5 mil obreros. De mis compulsas en registros de cotizantes del Sindicato, nunca superaron los 3.000, y esto con reservas. Pero como puede suponerse que, en promedio, a cada hombre activo acompañaban tres personas más, ubicadas en seis parajes diferentes en torno al Tandil, la población total de las canteras pudo llegar a las 12 mil personas. Por muchos años, Cerro Leones fue el lugar que más obreros concentró, y como allí los operarios oscilaron durante mucho tiempo en el millar de hombres, puede hablarse de una población estable en esa sola barriada que alcanzó a cerca de 4 mil personas.

En los comienzos, la avidez patronal se vio estimulada por la propia actitud de los obreros recién llegados. Si suyos eran los campamentos y suyas las fondas donde les daban de comer y las proveedurías, suyas fueron, asimismo, las casillas individuales para alojar a las familias, (de madera y chapa, salvo en San Luis que

eran de bloques de piedra) También estaban las piezas de solteros, barracas colectivas donde dormían. Parece que la obligación de vivir en estas habitaciones se extendió un tiempo a los hijos solteros de los que ya viviendo allí los empleaban en la cantera. Los mozos debían abandonar la casa paterna y su obligación se habría extendido hasta a comer en la fonda propiedad de la cantera. Si algún domingo querían almorzar con sus padres, se les descontaba igualmente la comida del día.

Algunos de los pobladores más antiguos que entrevisté, recordaban que la hora del desayuno (generalmente mate cocido con leche, galleta y queso) era anunciada por un empleado de la cantera que recorría sus inmediaciones tocando un largo cuerno. Al toque del cuerno los chicos dejaban sus juegos y se congregaban tras quien lo portaba, en una extraña procesión que se repitió diariamente mientras se mantuvo aquella relación de dependencia.

Largos años después de liberada la economía en Cerro Leones, el almacén de Cima seguía funcionando y muchas de las familias continuaban comprando allí. Cuando una mañana oyeron tiros, salieron de sus casillas y vieron una amenazante humareda: el almacén de Cima estaba quemándose. Entonces todos abandonaron sus tareas para ayudar a apagarlo. Nadie recordó que en sus mostradores habían quedado los jornales de muchos sudores. Algunos pretendieron incluso penetrar en el sótano para retirar tambores de alcohol antes que los alcanzase el fuego pero don José Cima lo impidió ¡Qué se pierda la plata, pero que no muera ninguno! gritaba cerrándoles el paso a los más temerarios. Del almacén sólo quedaron cenizas. Cima no lo reconstruyó nunca, y la cava del sótano fue desde entonces como una gran cicatriz en el corazón del predio canteril.

Años de euforia y libertad

A partir de 1909, cuando la denominada huelga grande culminó con la victoria de los obreros, la libertad entró como un ventarrón en sus vidas, y los alzó en las ráfagas de su euforia.

Los salarios comenzaron a cobrarse en dinero efectivo, las tranqueras ya no se cerraron y

cuando se pudrieron nadie las reemplazó. Almacenes y fondas particulares se instalaron en las inmediaciones, se abrieron escuelas, vendedores ambulantes trajeron diariamente la carne, el pan, las baratijas. Y finalmente, el torrente adquisitivo recién nacido se volcó en el Tandil y la ciudad conoció aquella fiebre gastadora largamente contenida.

La inmensa fuerza muscular que polemizaba durante la semana con la piedra, desde la conquista del descanso dominical en 1908 ahora quedaba ociosa durante una jornada entera y buscaba cauces en la caza, en el cultivo de la huerta familiar, en las bochas, en los naipes. Durante todo el domingo, el vino, la cerveza, la grappa o el perincovach que bebían los esclavos, acrecentaban los bríos a medida que avanzaban las horas y estimulaban los desafíos de fuerza. Uno apostaba que llevaría cinco bolsas de cal (250 kilos) cien metros cuesta arriba. Otro, que cargaría al hombro un durmiente del ferrocarril (160 a 180 kilos). El herrero Teodoro Palazzo, dotado de un físico deslumbrante, correría una cuadra con un cordón en alto si los escépticos aceptaban pagar un cajón de cerveza para todos. Pero también arriesgaba el prestigio de su bella voz de barítono y la del coro que había sido capaz de improvisar en torno a las mesas de la fonda donde se reunían. Una tarde la apuesta rebasó lo imaginable: el coro de Palazzo cantaría en Cerro Leones y podrían escucharlo en La Movediza, distante varios kilómetros. Siempre se cantaba en las canteras: en las fiestas, en las huelgas, en las calles, en las casas, en el trabajo, en la soledad y en la compañía. Fueron degollados los corderos celebratorios que costearían los perdedores de la apuesta, y en el tiempo señalado incredulos y jueces treparon a la cima de La Movediza y aguardaron largos minutos. Sonrieron los primeros creyéndose victoriosos: ni con altavoces llegarían a escuchar al orfeón de las canteras. De pronto, con el viento llegó ondulante un rumor que luego se hizo más nítido:

Vide o mare, quánt' é bello
Spira tanto sentimento...

La canción siguió desenrollando su espiral y hasta los perdedores celebraban ahora haber promovido el portento y ser sus testigos. Era como si una invisible bandada de ángeles fieros sobrevolara el valle cantando sobre sus ca-

bezas la canción escuchada desde la cuna remota...

Los toscanos nacidos en la Garfagnana disputaban el Tiro a la Forma: hacer rodar a la mayor distancia, por una calle, hormas de queso duro, auxiliados de una correa y su agarradera metálica: el *trincholi*, en las orillas del pueblo. Unos participaban, muchos miraban y casi siempre cerraba la marcha un comedido con una damajuana de vino con cuyos tragos, concursantes y su público hacían bajar los trozos de queso que ingerían, arrancados con sus propios dedos del seno de las formas que estrellándose contra los postes de la calle se hacían pedazos y quedaban fuera de concurso.

El Dolor, el Miedo, la Muerte

Quizás aquella actitud estentórea para manifestar la dicha de vivir estaba estrechamente ligada a la inmediatez y frecuencia con que enfrentaban el riesgo, el miedo, el dolor y la muerte.

Despeñarse, quedar aplastado por el desprendimiento de piedras o cascajo, perder un ojo reventado por una escalla o por un pinchote mal templado, morir destrozado por una voladura imprevista, caer bajo las ruedas de las zorras que bajaban cargadas de material desde lo alto de la pendiente, o carros cuyo control de descenso se perdía, y volcando arrastraban por el precipicio a caballos y conductor. Y en todo tiempo, el arresto, el allanamiento, las redadas, días y meses de encierro, la amenaza de la deportación, a veces sin proceso.

Los accidentes eran más frecuentes que las enfermedades.

La polvora se utilizaba únicamente para los barrenos, pero para romper las piedras de deshecho que, por demasiado grandes no entraban en la boca de la trituradora, se hacían pequeños agujeros en los que se introducía uno o más cartuchos de dinamita, cuyo manipuleo estaba lleno de riesgos. Eran los *patarros* (o *petardos*) que en el mediodía y el atardecer de las poblaciones mineras llenaban el aire de estruendo y a veces volaban piedras como para matar a un hombre.

Con el grito de ¡Barreenooo! y el agitar de una bandera colorada se alertaba a las gentes, para que buscaran refugio. Las madres salían cada mediodía y cada atar-



7/ Una *Cubia* de barrenistas, en la primera década del siglo. Mientras el del medio sostiene el barreno contra la piedra (aquí horizontalmente porque el agujero será de levante, es decir, paralelo al piso) los otros dos golpearán con sus mazas alternativamente hasta alcanzar la profundidad requerida.

8/ Conjunto de herramientas para cortar la piedra: izquierda, el *scarpel*, con el que se raya la piedra a lo largo de la veta elegida. Los cinco instrumentos largos son las *puntas*, con las que se hacen los agujeros para introducir las *cuñas* o *pinchotes* (derecha).



9/ Michele Angelo de Lucia, fue uno de los primeros picapedreros que pisó las sierras de Tandil, traído por su paisano Martín Fennacchi, que fundara la actividad pedrera. En la foto ya había perdido un ojo, a raíz de un pinchote mal templado por su hijo, que era herrero, y que saltando de su agujero, se lo perforó.

10/ Roberto Paschoi, figura consular del sindicalismo canteril por espacio de más de 30 años. Su serenidad y su vocación por el estudio orientaron la conducta del gremio y evitaron errores irremediables.



9

10



decer para recoger por patios y calles a sus hijos como gallinas tras de sus pollos. Todos adentro, a colocarse bajo el marco de las puertas, a esperar las explosiones y la lluvia de cascajo sobre el techo, perforado a veces por una piedra de excesivo tamaño. Y otra vez a la rutina, días y días, hasta que un grito, unos disparos de revólver, la campana de la herrería tañendo inopinadamente, advertían sobre un accidente: una piedra que desprendiéndose había aplastado a quienes trabajaban más abajo, o el corte de un bochón que se abrió y tragándose a los hombres desprevenidos que estaban encima de él, había vuelto a cerrarse como las fauces de un monstruo; o un cartucho que estalló a destiempo y volaba un brazo, media cara, los ojos del foguín de los patarros. A veces la víctima era el desgallador, acróbata que descendía atado de una cuerda para probar, barreta en mano, las piedras que tras una voladura hubieran aflojado, y a veces en la probanza rodaba él con las piedras. En 1942 el foguín Paoletta ayudaba a hacer un patarro. Fue en La Movediza. Estaban tacando los cartuchos de dinamita cuando seguramente una chispa los encendió. Volaron por los aires los cuerpos y luego quedaron sepultados bajo montañas de piedra y cascajo. Penosamente, en tres días, rescataron los restos, pero de los de Paoletta faltaba un brazo. Quince días después, limpiando todavía la cantera, hallaron bajo una gran piedra el brazo derecho. Debieron abrir el ataúd para guardarlo con sus otros despojos.

Frecuentemente morían niños. No pasaba día en que el fúnebre blanco no entrase en el Cerro Leones: diarrea estival, viruela, difteria, pulmonía, escarlatina. Como el pueblo quedaba tan lejos, esperaban a ver si el chico mejoraba. Luego, ya era tarde...

En un principio los recursos eran escasos, y en los tiempos de suma pobreza, velaban a los muertos sobre la mesa de la cocina, cubierta con una sábana. Si el muerto era demasiado corpulento y no entraba sobre la mesa, unían dos bancos largos. Velas plantadas en botellas vacías, el crucifijo que alguien prestaba (los anarquistas lo rechazaban) y flores y helechos de los jardines domésticos y de las piedras, acompañaban el duelo. Con el fúnebre venía el ataúd de pino teñido o pintado de blanco.

Remedios caseros eran los frecuentes: telarañas para las he-

morragias, salmuera para los golpes, hojas de ombú, incienso y algodón en emplastos para los empachos. Había quien reducía la quebradura de una pierna con una bota de las de tomar vino, pero con la pella para adentro. Para las borracheras, en la mañana siguiente tomar caldo con un vaso de vino adentro. La vieja Burella, en La Movediza curaba las recaladuras de las muñecas, tan frecuentes debido al esfuerzo continuo de los trabajadores, mediante hábiles tironeos "Después los huesos se acostumbraban y se iban solos a su lugar" me decían. Doña Teresa Solavagione de Loiza atendía los partos en Cerro Leones desde que por abrirse allí una escuela del estado ella no pudo seguir enseñando.

En La Movediza era la Poletta. La Poletta olía rapé y tenía siempre la botella de vino a la mano mientras llegaba el alumbramiento. Juan Sverjuga me aseguró que a la ictericia decían curarla con té de piojos vivos, convencidos de que los bichos se beberían la bilis y limpiarían la sangre!

Leonardo Puggioni cree de los canteristas, generalmente sanos, que afectaban su sistema nervioso los golpes duros, acero contra granito, días y años, toda la vida. A Mateo Galbassini, efectivamente, lo recuerdan sus hijos durmiendo con el brazo derecho tieso durante toda la noche. Y además, el frío, el sol, las mojaduras, la intemperie, sobre articulaciones y cintura: artrosis, ciática, reumatismo.

Pero aquellos gigantes de piedra que, salvo a los accidentes, solían sobreponerse a todo, conocieron la derrota silenciosa cuando al final de la epopeya, ya sin posibilidades de trabajo en el Tandil, tuvieron que emigrar a Mar del Plata para labrar la piedra blanca que se había puesto de moda para revestir chalets. Esa piedra, de naturaleza cuarcítica, desprendía un polvo fino, muy liviano, que flotaba en el aire y al respirárselo se depositaba en los bronquios. Entonces aquellos atletas enfermaron y muchos murieron de silicosis pulmonar.

El despertar de la conciencia social

Hasta comenzar el siglo actual no registran las crónicas actividades sindicales. En 1896 el ideólogo anarquista Pietro Gori había realizado una gira por el sudeste bona-

erense y tras disertar en Mar del Plata había llegado al Tandil. Periódicos libertarios de la época informan que el doctor Gori tuvo una entrevista con obreros de las canteras, pero era evidente que no había organización sindical que los nuclease.

Recién el 6 de Octubre de 1906 culminaron gestiones que realizaron obreros más esclarecidos y finalmente, tras una asamblea que debió hacerse en la calle, dejaron constituida la Unión Obrera de las Canteras de Tandil.

Sobrevivientes de aquella asamblea constitutiva recordaban como un milagro la circunstancia de que hombres de origen y lenguas diversos, hubieran logrado entenderse y aceptar la organización que los liberaría económica y socialmente. Italianos de dispares dialectos, gallegos recién desembarcados, eslavos que más sabían de criar ovejas en Montenegro que partir piedra en el Tandil, ya tenían una cabal noción organizativa, entendían la división de poderes, el deslinde de facultades, el sentido unitario o federativo, y lo que es más conmovedor, siendo en su mayor parte analfabetos, pudieron discriminar y expresar en su media lengua derechos y deberes al punto que produjeron verdaderas innovaciones en las relaciones laborales.

Aunque el terreno debió tener abono propio, correspondió a un carpintero anarquista, Luis Nelli, la iniciativa de nuclearlos. Estaba en Cerro Leones construyendo cásitas cuando lo conmovió la fuerza potencial de esos hombres y las injusticias sociales que padecían. Dialogó con los más lúcidos y cuajó la idea. En ese momento surgió la figura consular de Roberto Pascucci, que por 30 años, directa o indirectamente, influiría sobre la vida de las canteras, con su conducta, su inteligencia y su ascendido estudio. En Diciembre de ese año, presentaron al patrono de Cerro Leones, José Cima, un pliego de condiciones que, por supuesto, rechazó. Declararon la huelga, pero Cima resistió más de lo previsto y los directivos obreros perdieron la esperanza de hacerlo desistir por la razón. Entonces acordaron la vía violenta (la acción directa, llamaban los anarquistas a las bombas) Sortearon secretamente entre los directivos a quién le tocaría ponerla, y como Nelli se casaría poco después convinieron en excluirlo. Pero no hubo necesidad del estallido intimidatorio: Cima, quizá alertado, firmó el pliego

Botines y bancos

"Usábamos **scarpones** con brocas y alpargatas. Zapatos, poco. Cuando íbamos a los balles usábamos alpargatas blancas. Desde que yo conozco, la alpargata siempre se usó en la cantera. El Bégico nos hacía los botines, con una suela así de gruesa y con esas tachuelas, las brocas, para que no se gastase tanto en la piedra. Y después, cuando se mojaban con la lluvia, los poníamos a secar en el horno y se ponían durísimos, y había que ablandarlos durante horas frotándolos con grasa de pella. Con las brocas Usted anda arriba de la piedra y no resbala. Pero la alpargata era más liviana. Los que hacían adoquines en los primeros años usaban botas, porque como se trabajaba sentado, con los pies a cada lado de la plota, las escallas picaban las piernas. Después nos envolvíamos las piernas con bolsas. Y después vinieron los montenegos, que fueron más vivos, y empezaron a hacer los bancos, y trabajaban parados, pero esto fue a lo último. Para el cordón no, porque no lastima. El banco eran dos piedras y una plancha, también de piedra, arriba, que llegaba a la barriga. Si no podían hacer banco, hacían un pozo en la tierra, como de menos de un metro, se metían y apoyaban las piedras en la tierra del borde. Otros llenaban de cascajo una zorra abandonada. Habrá sido por 1926 que comenzó a trabajarse con bancos."

(Testimonio de ABILIO LAZARO ORTEGA, nacido en Ibea de Juarros, Burgos, España en 1894 y llegado a Tandil en 1905).



11) Testimonios de la lucha sindical. Antiguos manifiestos de la Unión Obrera de las Canteras, en las que se exponía la posición del gremio frente a problemas que los acuciaban. La acción de los primeros tiempos estuvo muchas veces teñida de violencia.

a la caída del sol del día indicado y fue la primera victoria del sindicato.

Dos años después, el 26 de octubre de 1908 se produjo una nueva huelga que llevaría al sindicato a su mayor nivel de fortaleza y tras once meses acabaría con el triunfo de los obreros. Las informaciones son imprecisas en cuanto a su origen, las reivindicaciones que planteaban y como se desarrolló. Más bien se habría tratado de un lock out patronal. En la fecha indicada, una comisión del sindicato presentó al administrador de La Movediza un nuevo pliego de condiciones. El representante patronal les cerró la puerta en las narices. Los obreros debían estar esperando una reacción semejante, porque los de Cerro Leones habían montado guardia para conocer la respuesta. Y cuando vieron que en la casilla donde el sindicato tenía su sede, a mitad de camino entre la Movediza y Cerro Leones, izaban una bandera roja, pasaron la voz y paralizaron allí también la actividad.

Los patrones, en contragolpe,

cerraron las canteras y expulsaron a las gentes de sus campamentos creyendo que el verse sin techo haría volver a muchos. Pero nadie desertó. Pobladores muy antiguos que entrevisté memoraban la caravana de obreros y sus familias por la calle única que conducía del Cerro Leones al Tandil. Carros, caballos, burros, cargados de bártulos, carretillas de mano, algunas mujeres con niños en brazos sollozaban, pero los hombres en general llevaban una actitud reconcentrada y firme. El éxodo se produjo en todas las canteras. En La Movediza algunos habían construido en terrenos de la empresa sus casillas. Al cerrarse las tranqueras ya no podían acceder a ellas. En la noche aquellos forzudos saltaron el cerco, desenterraron los pilotes sobre las que se asentaban, y alzándolas entre varios, las pasaron semidesarmadas por encima del alambrado y volvieron a instalarlas en terreno libre.

¿A dónde irían a trabajar tres mil hombres? En un principio no

se lo preguntaron demasiado. Unos cuantos emigraron a Uruguay, donde en las sierras de Carmelo, en el Departamento de Colonia, hallaron colocación. Otros fueron a Olavarría (Cerro Sotuyo) y a Balcarce (Los Pinos). Hubo quienes cambiaron de oficio y pasaron a la construcción y quienes, aprovechando la inminencia del verano, trabajaron en la cosecha fina y en la juntada de maíz hasta entrado el invierno. Pero muchos arrendaron pequeños cerros en campos cuyos propietarios no veían en las afloraciones pétreas sino tierra inservible para cultivo y pastoreo: con pocos pesos al mes tuvieron el derecho de explotarla y comenzaron a labrar adoquines y cordones, esta vez por cuenta propia.

Colocar el material labrado fue fácil, porque en aquellos años el país se preparaba para celebrar el centenario de la Revolución de Mayo y los planes de pavimentación en la Capital habían comenzado con anticipación suficiente. De modo que la demanda de piedra había crecido y cuando se inició 1909 se la quiso comprar a cualquier precio. Tandil fue asediada por compradores de piedra, pero aquí las canteras estaban cerradas y ninguna trabajaba.

Los comerciantes comprendieron que la piedra labrada tenía valor de cambio y comenzaron a aceptarla como pago por mercaderías. La piedra en su poder duraba muy poco porque los compradores llegaban a adquirírsela por anticipado. Y los obreros, que habían comenzado a trabajar independientemente, aseguraron el sustento y la resistencia del movimiento. Con piedra se compraban carne, fideos, vestidos, se pagaban arrendamientos y alquileres y hasta la cuenta del médico.

Casi un año después, los patronos se vieron urgidos a aceptar las condiciones que planteaban los obreros porque estaban perdiendo el mejor negocio de su vida. Fue en Setiembre de 1909.

Los patronos fueron en persona al sindicato a firmar la rendición.

Años de lucha violenta

Parece que esa huelga, con haber sido tan prolongada, no recurrió a la dinamita para imponerse, quizá porque no tuvo los con-



torios dramáticos de otras que le sucederían, cuando la represión y el hambre hicieron sentir todo su rigor y los llevaron al borde de la desesperación. Una mañana la ciudad aparecía empapelada con grandes cartelones que ostentaban fotografías de carneros de exposición, cuyas cabezas habían sido reemplazadas por los retratos de obreros rompehuelgas. Mateo Galbassini escribió versos mordaces que aún hoy perduran en la memoria de viejos canteristas. Cuando los empresarios traían obreros rompehuelgas, los del Sindicato los convencían para que abandonaran y se volvieran, los alojaban en dependencias del sindicato, les daban comida y les pagaban pasaje para el regreso. Una vez trajeron rompehuelgas griegos contratados seguramente en el puerto a poco de desembarcar. ¿Cómo convencerlos? Había un eslavo que sabía algo de griego y pudo hacerse entender por ellos a través de las alambradas y cuando supieron el papel que estaban haciendo, abandonaron el trabajo.

Los tiempos de la lucha dura vendrían poco después tras el clima violento que se vivía en los grandes centros: Buenos Aires, Rosario, Bahía Blanca. El asesinato del coronel Falcón, jefe de Policía, desató una ola represiva que alcanzó al Tandil. El atentado fue interpretado como inicio de una vasta acción conspirativa y muchos obreros fueron presos. En las anotaciones del Libro de Caja del Sindicato, sin especificar por qué, para esa fecha se asientan gastos por un proceso a varios de ellos, detenidos aquí y remitidos luego a Bahía Blanca, a Buenos Aires y a La Plata.

La autoridad veía detrás de cada piedra un anarquista demoleedor del orden constituido y las represiones arreciaban. Dos leyes, la de Residencia y la de Orden Social daban lugar a interpretaciones de desusado rigor. En febrero de 1911 hubo una asamblea general en Cerro Leones: el permiso policial concluía a las doce. La asamblea se prolongó casi toda la tarde y el lunes, tres directivos, Conforti, Mollar y Romay, fueron detenidos acusados de violar la Ley de Orden Social. Sabido el apresamiento, los demás obreros acordaron la suspensión inmediata de las tareas y la marcha hacia el pueblo para reclamar la libertad de los tres detenidos. Encolumnados, cantando los himnos de su repertorio contestatario, fueron

concentrándose ante la Comisaría, entonces frente a la plaza principal. Pero hubo una coincidencia fatídica: ese mismo día, en otra cantera, San Luis, un obrero había sido despedido por la empresa, lo habían desalojado de la casilla en que vivía y lo habían hecho meter preso por resistirse. Sus compañeros decidieron el paro y sin proponérselo, convergieron a la misma hora que los de Cerro Leones en la plaza principal. Los de San Luis eran de espíritu levantisco y se supone que algunos venían armados, porque los directivos del Cerro que aún estaban en libertad habían obligado a sus compañeros a depositar sus armas (entonces era corriente el revólver en la cintura) en negocios vecinos. Pero la convergencia de ambas columnas era alarmante y la policía se negó a parlamentar con ellos, parapetó gente armada en los altos y cuando alguien gritó ¡Libertad a los compañeros! sonó un balazo y se generalizó el tiroteo. Hubo corridas, desbandes, quedaron obreros tendidos en el empedrado, desde la plaza repelían el ataque, volcaban los bancos, algunos se refugiaban donde podían (tres de ellos muertos de miedo, se metieron en un zaguán y pocos minutos después los apresaron: era la casa del Comisario y los acusaron de intentar asesinar a su familia).

Entre los policías también hubo bajas. En las horas siguientes llegó un escuadrón de seguridad montado desde La Plata. Se había interpretado que los obreros habían querido tomar por asalto la Comisaría. Poco después se iniciaba una encarnizada cacería por sierras y campos. Trajeron caminando varias leguas, bajo el rayo del sol de febrero, a más de un centenar de obreros, ninguno de los cuales tenía que ver con la incidencia. Remitidos a la La Plata, el juez los liberó poco después. Hubo proceso para los tres detenidos previamente y por cuya liberación se habían producido los hechos. El costo del conflicto: 13 mil 173 pesos con 35 centavos, hubiera alcanzado para comprar dos buenas residencias de entonces. El sindicato pagó hasta la última cuenta: colchones para los presos, viandas, transporte de ayuda, días perdidos, honorarios del abogado que los defendiera en La Plata, todo. En esa cifra estaban incluidos 300 pesos para la tumba de Bekesa Bukolich, el obrero muerto en el tiroteo, 60 pesos más para el mármol y 50 para foto impresa en me-

tal. Hubo obreros que perdieron varios días por juntar firmas para solicitar la libertad de detenidos que iban a ser deportados, y se les pagaron los jornales.

La fama de los canteristas tandilleros tomó contornos de leyenda. Se los imaginaba embozados, tirabombas, de efervescencia revolucionaria. Eran sólo hombres fuertes, rudos, llenos de coraje físico y arrogantes (Años después, todo se había aplacado "Venían los anarquistas y nos hablaban de revolución social", me decía Aquiles Maretoli" ¡Qué revolución social! Lo que queríamos era que no faltara trabajo, y los domingos poder ir a cazar y pescar!) Un comisario de agallas fue, con sus vigilantes armados de mauser o carabina, en una volante, para asistir a un acto organizado por la Unión Obrera de las Canteras en una plaza. De pronto, se vio rodeado por una veintena de montenegrinos, a quienes se los reconocía por sus amplias capas negras y un gorro como el fez de los turcos, pero con una anchá banda de luto. Al verse rodeado, ordenó martillar las armas. En el silencio que precede a las catástrofes se oyó el ruido metálico, y en respuesta, como a una consigna, sin proferir palabras ni hacer otro gesto, los esclavos se abrieron lentamente las capas: cada uno tenía como una faja, un cinturón de dinamita! El acto —muy beligerante— se desarrolló sin incidentes.

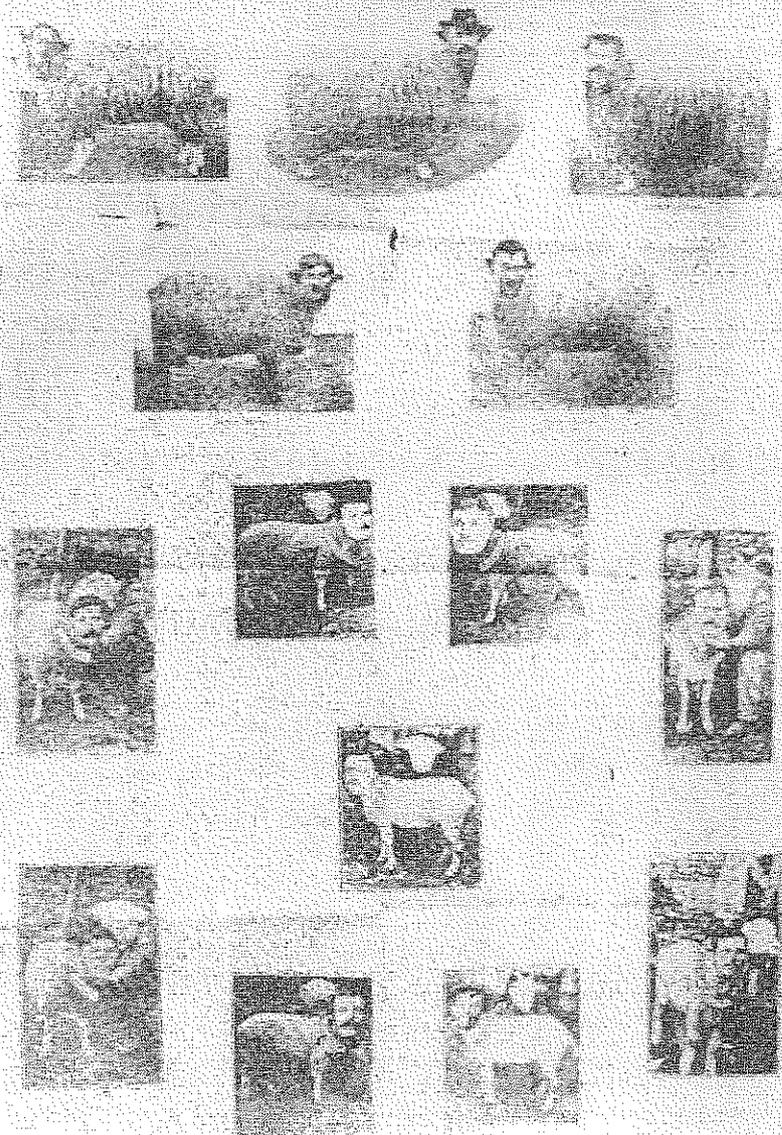
Cuando los veíamos venir, calle arriba —recordaba un policía jubilado— y escuchábamos desde lejos el ruido de sus botines con tachuelas sobre el empedrado, había que sostenerse sobre la montura. Parecían un ejército de cinco mil hombres, con su estandarte colorado al viento cantando el Hijo del Pueblo, Bandiera Rossa o Avanti il Popolo, atléticos, marciales, enormes (el que llevaba el estandarte, José Fadón medía dos metros y 15 centímetros, y cuando murió no hubo ataúd a su medida), y como un pregón de alarma, anticipando su marcha se oía el estrépito de las persianas de los negocios cerrándose.

Aquellas mujeres de los gigantes

Muchas de las mujeres habían esperado durante años el llamado del hombre que se había anticipado en el camino de América. Cruzaron el mar en condiciones inde-

cibles, con varios hijos a cuestas. Radicadas aquí, todo tuvieron que aprenderlo o trasplantarlo. Muy de mañana, con dos latas o baldes atados a una vara que cargaban sobre el hombro, a buscar el agua al manantial o a la laguna, tras romper la escarcha, encender el fuego en improvisados braseros de piedra, cuidar los hijos, cocinar, fregar con cepillo y jabón las tablas de la mesa, bancos y pisos, esquila las ovejas, hilar la lana sin lavar en la rueca, tejer tricotas y calcetas, ir a buscar, mientras su gravidez lo permitiese, leña en las arboledas o frutas silvestres, o bosta de vaca o de oveja para combustible. En medio de tanto esfuerzo, algunos tenían un toque de alegría, como cuando cargando las ropas para lavarlas en la laguna o el manantial, se congregaban con otras mujeres, igual que en sus aldeas, y parloteaban o cantaban en tanto las ropas fregadas sobre las piedras iban blanqueándose. En la barriada de la Movediza había pozos y manantiales de aguas surgentes y lagunas de lluvia en las cavas que dejaban las piedras extraídas y se los denominaba según la proximidad de donde se encontrasen, o sucesos que los hubieran tenido por escenario. Estaban el Pocito de la Nona Luisa (la partera oficiosa de la barriada) el Pocito de la Ercilia y el de Cattáneo. Las lagunas de Torre, del Joané y de la Marina. Un pozo, el del finado Gobetto y una laguna, la de Felice, recordaban que gente con sus apellidos se habían ahogado allí. La laguna de Romeo era la predilecta de los chicos para bañarse. La de Polledo era la más grande y su nombre lo tomaba del patrón de una cantera. En la Laguna del Cerro Leones, varios eran los días de lavado, pero nunca excluían el domingo. Apenas cruzado el mediodía, las mujeres se arracimaban, cantando en sus orillas. En esa laguna, nadie sabía cuándo, se había ahogado Palmira, una niña de doce años que bajó a recoger agua y el peso del recipiente la arrastró hasta el fondo de las aguas. Decían los mayores a los chicos que el cuerpo de Palmira nunca pudo ser rescatado. Algunos hablaban que en el fondo de la laguna había una cantera sumergida, con rieles, zorras e instalaciones, como los restos de una pequeña Atlántida. Otros, que en el fondo de la laguna se abría un túnel que comunicaba con el centro de la Tierra, de ahí lo del cuerpo de Palmira. Los chicos llegaban a

LOS TRAIADORES DE LA HUELGA DEL TANDIL



12

12/ Cartel para las luchas de la época: sobre figuras de carneros se han recortado los retratos de los que no se adhirieron a la huelga. No siempre los métodos fueron tan incruentos.



13



14

13/ Asamblea al aire libre, en 1913, para determinar la conclusión victoriosa de una huelga de seis meses. Tuvo que intervenir la autoridad municipal para arbitrar una solución.

14/ Huellas de la lucha intestina. Primera página de "El Picapedrero" que aparecía en Montevideo editado por la Federación Sudamericana de Picapedreros. Detalla la muerte del Secretario Gral. del Sindicato de Tandil, Alfonso Espinosa, muerto tras balearse con un militante.

sospechar después que eso contaban los mayores para alejarlos del peligro de la laguna, pero hasta bastante crecidos daban un rodeo y nunca se asomaban al borde del agua por temor a que Palmira sacase una mano y los arrastrase al fondo. Pero cuando las mujeres cantaban lavando en las orillas nadie recordaba tales cosas, y a veces Antonio Poli descolgaba su acordeón y sentándose en una piedra las acompañaba hasta que, cayendo la tarde, con los atados sobre la cabeza, volvían las mujeres a sus hogares, y Palmira a quedar sola y en silencio en el fondo de la laguna.

Tanta muchedumbre femenina solía volverse fiereza en los días de la lucha. Por el tiempo en que se produjeron los sucesos de Santa María de Iquique, en Chile, había estallado en Tandil una huelga y los patronos enviaron rompehuelgas, protegidos por la policía, en un tren. Cuando lo supieron las mujeres, decidieron impedirlo. Hubo quienes se alinearon al paso del convoy para insultarlos, quienes desde las rocas más altas les arrojaban agua fría y caliente. Cuando el tren estaba aproximándose al cruce de La Movediza no pudo seguir, porque una veintena de mujeres se había acostado sobre las vías, algunas con sus hijitos en brazos, para impedir el paso del convoy. Cuando la policía quiso desalojarlas, se embravecieron más aún: una amenazaba con sus tijeras, otras treparon a la locomotora para insultar a los conductores y hacerlos desistir de su avance. Fueron golpeadas, desgarradas sus ropas, arrojadas al piso. Luego, los recuerdos se confunden porque ninguna de sus protagonistas sobrevivía en el tiempo en que comencé mis encuestas. Algunos suponen que el tren continuó hacia Cerro Leones pero que no pudo avanzar, porque habían enjabonado los rieles en un tramo que es cuesta arriba, y más adelante, en otro paso a nivel, otras mujeres habían vuelto a echarse sobre las vías. Hubo más golpes, amenazas y empujones y por último, el tren retrocedió con los rompehuelgas arriba. Entre los nombres evocados me dieron el de Ernesta Mosca. Decían que había trepado a la locomotora y le habían dado un culatazo en el pecho. Otros me contaron que por los golpes padecidos quizá hubiese enfermado y se habría muerto. Algunos replicaban, en cambio que fue la tisis. Pero, cosa extraña, en el libro de caja del sin-

dicato encontré una anotación en Marzo de 1910: "Una corona por Ernesta Mosca \$ 12. Conducta insolita del sindicato, ya que nunca, antes ni despues, tuvo este tipo de adhesiones funebres.

Los días del hambre

Pero las huelgas y los tiempos sin trabajo tendían otro azote sobre los canteristas: el hambre.

Uno era joven, podía comer raíces, pero pocas criaturas...! bramaba a los ochenta años Leonardo Puggioni, cuando memoraba aquellos combates contra el hambre que libraron en 1917, en 1920, en 1930, siempre.

El hambre es la guerra. Y entonces no hay derecho superior al de sobrevivir.

En 1917, los de la cantera San Luis plantearon reivindicaciones que los patronos rechazaron, se declaró la huelga y en seis meses no hubo arreglo. A la euforia de los días iniciales sucedió la desesperanza. Eran alrededor de trescientas familias.

...Y armamos una cuadrilla de tres sardañoles como yo y un italiano del continente. No teníamos miedo, al tiempo que el joven no teme a nada. Y yo confiaba en que mis paisanos no me delatarían: morirían bajo el hierro pero no iban a hablar. Y trabajamos para traerles siquiera un pedazo de carne a esas familias.

Todas las noches salía la cuadrilla rumbo a los campos de Pereyra Iraola contiguos a los de la cantera. De allí traían en cada incursión cuatro o cinco ovejas y capones. En la herrería de la cantera habían organizado una carnicería clandestina. La armaban a medianoche y la desmontaban antes del amanecer. En ese lapso cuereaban los animales "expropiados", los trozaban y los distribuían sigilosamente por turno, para que durante algunos días por semana, todas las familias en huelga comiesen.

¡El hambre! Una de las primeras noches, un canterista insistió en entrar. La guardia no se lo permitía porque la consigna era el secreto absoluto de las operaciones. El hombre estaba desesperado y se llevó por delante al centinela. Cuando vio las reses recién colgadas pareció enloquecer ¡Un pulmón, una cabeza, una entraña! ¡Cualquier cosa! ¡para que mis hijos coman! Lo tranquiliz-

zaron y le aseguraron que esa noche alguien dejaría una bolsa con carne en su casa. Se alumbraban con la luz de pabilos sumergidos en grasa de oveja derretida que guardaban en latas. En un descuido de ellos, el hombre metió las manos en la grasa, sacó dos puñados y se los echó al bolsillo.

Battista Ghezzi tenía fama de buen armero. No sólo arreglaba escopetas, sino que para estas incursiones "expropiadoras" en La Movidiza fundía municiones especiales, de mayor tamaño, capaz de voltear una vaca a 30 metros. Enviaba a los chicos a robar cabezas de plomo de los clavos de los techos. Si era Carnaval, recogían los pomos vacíos. En el suelo hacía los moldes y fundía, y luego recargaba cartuchos viejos con pólvora y las municiones de su fabricación. Desde allí, las cuadrillas iban a caballo pensulky. Buscaban campos grandes, donde la falta de una vaca fuese menos gravosa proporcionalmente para el propietario afectado. La cuereaban, la trozaban allí mismo, la cargaban y luego, de regreso, la ocultaban en escondites convenientes. Luego, uno de los "cazadores" salía, con la mañana alta, al patio de su casa, y en su acordeón tocaba una melodía. Como no era hora de serenatas, las mujeres escuchaban y sabían. Una lenta caravana que se había pasado la voz marchaba al atardecer hacia las piedras, en busca de su ración de guerra.

Desgaste y violencia estéril: hacia el ocaso

La década del diez había sido la de la violencia combativa, la puja dramática de quienes necesitaban ser reconocidos como entidad, como personas con derechos en un cuerpo social. Había sido la etapa del sacrificio romántico, del gesto y la conducta, de la altivez y el coraje. Pero a la siguiente la ensombrecerían el desgaste originado en luchas estériles, cuando fueron presa de polémicas de apariencia ideológica e intereses de camarilla.

La guerra fue entre anarquistas y sindicalistas.

Los primeros grupos anarquistas, alrededor de 1870, habían sostenido en la Argentina una actitud antilorganizativa, porque los sindicatos, por tener autoridad, estatutos, vida legal, acabarían aburguesando a los obreros y matarían

su espíritu revolucionario. Pero cuando a principios de este siglo abandonaron su actitud negaliva y se sumaron al naciente quehacer sindical, entraron como un meteoro en la vida obrera de la Argentina, barrieron todos los obstáculos e impusieron momentáneamente el hábito de su actitud apostólica, casi mesiánica. No obstante, seguían sosteniendo aquellas formulaciones máximas, generalmente utópicas, lo que permitió que otros grupos, más prácticos, fuesen ganando adeptos. Mientras los libertarios puros seguían teorizando con la idea nebulosa de una revolución universal que generaría de la noche a la mañana una sociedad de productores libres tras abolirse el Estado, el Ejército y la Iglesia, comenzó a afirmarse un pragmatismo cada vez más negociador que veía en el sindicato un instrumento apto para defender el fruto del trabajo. Es cierto que éstos tampoco renunciaban a autodenominarse anarquistas, pero agregaban otro sustantivo: sindicalistas, hasta que con los años, conservando sólo el último de los nombres integrarían una tendencia prescindente de ideologías y partidismos. En 1901 se había constituido la F.O.A. (Federación Obrera Argentina) Al año siguiente los socialistas inspiraban la U.G.T. (Unión General de Trabajadores) En 1904 la FOA pasó a denominarse FORA y al año siguiente su Quinto Congreso proclamó la implantación del "comunismo anárquico" como ideal y objetivo de sus luchas, actitud que muchos consideraron un error histórico porque a partir de entonces el anarquismo iría apartándose progresivamente de la lucha sindical para internarse en la ideológica, aunque no impidió a muchos de sus militantes desplegar intensa labor en el campo gremial. Pero fue evidente que dejaba el campo libre al sindicalismo, aunque por lo menos hasta 1915 su influencia seguía siendo notoria. Ese año se realizó el Noveno Congreso de la FORA, en cuyo seno se había volcado en masa la casi totalidad de los sindicatos, lo que dio un cambio inesperado: el Noveno Congreso proclamó su independencia ideológica y política. A partir de entonces hubo virtualmente dos FORA: la reciente, del IX Congreso, que autoproclamaba su continuidad jurídico-institucional, y la del V Congreso, o "quintista" que reivindicaba su pureza doctrinaria y la continuidad ideológica con el pensamiento



15

El callo del meñique

"Los chicos teníamos que robar el oficio. Nadie nos enseñaba. Cuando le llevábamos la botella del maté cocido al viejo que estaba trabajando, aprovechábamos esos minutos, y agarrábamos la punta y el martillo y jugábamos a hacer pinchotes 'Deca questo. Va via' y a esperar al día siguiente. A veces, en casa encontrábamos scartines, puntas que por inservibles descartaban y también jugábamos a lo mismo, porque lo que queríamos todos los chicos era ser picapedreros. Copiábamos todos los admanes, incluso el de pasar el dedo meñique de la izquierda por

debajo de la punta. Y el fierro, a fuerza de rozar el dedo, le hacía un callo que era como un anillo. Entonces, cuando el callo estaba formado, lo mostrábamos y compadreábamos, como si fuera un anillo de verdad. ¡Mira, tengo callo! Era como el escudo de familia, como una credencial que mostraba que éramos de la aristocracia de los picapedreros, algo que nos parecía superior al resto."

(Testimonio de JOSE AMERICO GHEZZI, nacido en La Morediza, Tandil, en 1912).

15/ Huellas de la violencia: Sepelio de un obrero caído en las luchas del sindicato de las canteras. El féretro es llevado a pulso por los callos del duelo y al frente va el estandarte rojo de la Unión Obrera de las Canteras. Los hombres van desarmados, pero ocultos en el fúnebre, hay revólveres y escopetas, ante un eventual ataque.

El poeta de la huelga

Mateo Galbassini había nacido en Brescia, Italia, en 1872. Le gustaba su vaso de vino pero más le gustaba leer, al punto de sacrificar aquél para comprar todos los días la "Crítica". Durante la huelga grande, de 1908 a 1909, escribió versos ingenuos y mordaces que la gente llegó a aprender de memoria y conservó en ella hasta el presente.

Domingo Conti era administrador de la cantera La Movediza. Cayó bajo las flechas de la inspiración de Galbassini, cuando durante el lapso del conflicto, unió su vida a la de una bella joven montenegrina.

"El Señor Domingo Conti caramba, no me acordaba, por pasar mejor la huelga, se buscó una novia esclava."

Algunos se improvisaban en empresarios para aprovechar el paro de las canteras. Eran los llamados "bolicheros".

"Ahi lo tiene a Bartolucci, hombre de 'gran capital' tiene tres carros sin ruedas se metió en la patronal."

Y caían todos, englobados en el anatema poético:

Abajo Conti, abajo Cima, Rosello, Nocetti y Polledo. Y para terminar más pronto, abajo los bolicheros.

Don Mateo murió a los 70 años, en 1942, un 18 de Julio, en vísperas de casarse una de sus hijas, sin sufrir, mientras dormía como él lo quiso: "El día que me tenga que morir — decía — que me venga un corte poblético, un corto circuito".

ácrata en la Argentina. Los del IX Congreso mantuvieron su hegemonía conductiva durante toda la década, hasta que en 1922, para unirse con algunos gremios disidentes constituyeron la U.S.A. (Unión Sindical Argentina). Los viejos anarquistas los calificaron de traidores, amarillos y camaleones. Estos replicaron acusándolos de "divisionistas". Aunque la USA tuvo vida precaria, fomentó la tendencia a organizar sindicatos por industria en reemplazo de la vieja concepción artesanal del sindicato por oficios, y permitió con ello en la década siguiente estructurar los primeros grandes sindicatos nacionales.

Ese fue el momento más violento y estéril de la vida sindical argentina, porque la lucha intersectorial los llevó al borde de la autodestrucción y les impidió defenderse de la tempestad que se avecinaba en el mundo y cuyas consecuencias pagarían a partir de 1930 sin excepciones ideológicas.

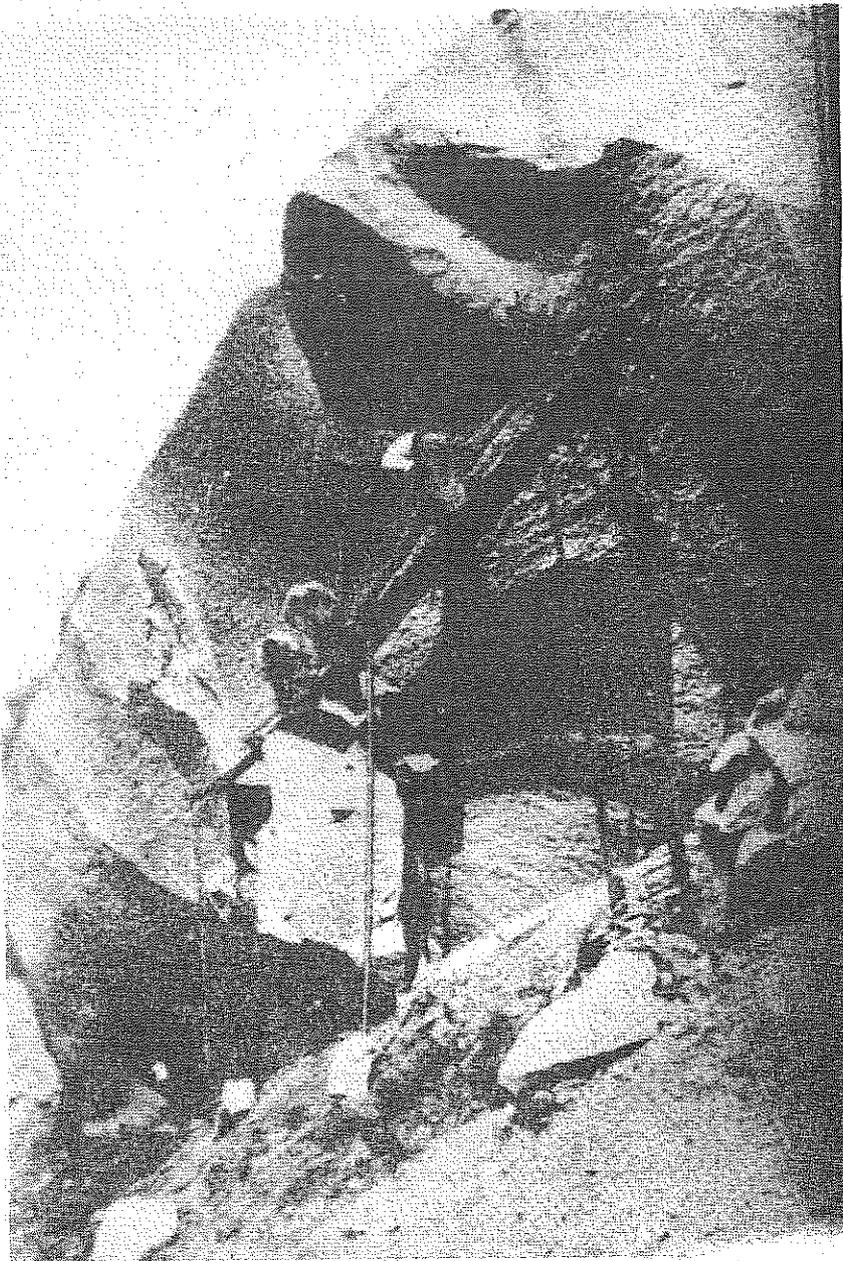
En Tandil la polémica contagió enseguida el lenguaje, irritó la intolerancia y llegó al insulto personal. Por aquel tiempo, anarquistas "quintistas" conservaban su prestigio en algunos gremios y como su conducta era intachable, no entraban en componendas y rechazaban la política de camarillas, no eran fácilmente vulnerables sino al número mayoritario y a la indiferencia con que vastos sectores los escuchaban para luego dejarlos solos. Comenzaron a editar el periódico "La Verdad", cuyas columnas fueron pie de ataque a los "usos" o "usados". Estos a su vez se atrincheraron en "El Obrero Tandilense" un periódico sindicalista. Roberto Pascucci pretendía mantener a la Unión Obrera de las Canteras al margen de estas polémicas, pero le rodearon los sindicalistas y apoyados en su prestigio legendario devolvían los feroces ataques de los anarquistas con insultos cada vez más soeces. El enfrentamiento culminó en una asamblea general que se realizó en el Salón Sindical. Fue el 2 de Setiembre de 1923, en Villa Laza, una barriada canterista, y se transformó en la más negra de las páginas de la historia que estamos relatando. Tan pronto se abrió el debate arreciaron los ataques ¡Divisionistas! ¡Amarillos! ¡Camaleones! Y de ambas partes ¡Traidores! Y tras los insultos, el primer balazo. Grita ensordecedora, corridas, tiroteo que se generaliza, y luego la desbandada. Dos obreros

muestran, varios heridos, acusaciones mutuas, histerismo, detenciones, apremios y el humo negro de la venganza encegueciendo a todos. Los sindicalistas, días más tarde, tomaban la totalidad de las posiciones, lograban la expulsión de una docena de anarquistas de la cantera San Luis, de quienes se sospechaba habían hecho práctica de tiro antes de la asamblea, por actitudes presuntamente separatistas. La prensa nacional se ocupaba de la violencia en el Tandil, todos declaraban, intervenían y cada uno echaba sus baldes de nafta para apagar el fuego. Los enfrentamientos continuaron, y dos años después, en 1925 el secretario general del sindicato, Alfonso Espinosa, se baleaba con el anarquista Eustaquiano Santamarina, agente de La Protesta, y caían los dos.

Mientras, las fuentes de trabajo iban cerrándose, las obras públicas no se reanudaban, la demanda de piedra labrada era cada vez menor y algunos ingenieros jóvenes, expertos en construcciones viales, ensayaban la aplicación del hormigón armado y del concreto asfáltico para pavimentar caminos, calles y avenidas, con promisorios resultados. Aquellas luchas, en tanto, fueron sembrando la indiferencia y el desconcierto entre los obreros a quienes acosaba la disminución de sus ingresos, y a aquellos bríos iniciales los reemplazó un pertinaz control de reclamos y presuntas violaciones de turnos y derechos, de vuelo muy corto, egoísta, sin horizontes ni programas.

La era de la piedra triturada

Cuando en la década del 30 la situación económica precipitó el parálisis, los otrora aguerridos canteristas conocieron los más tristes momentos de su existencia. Las empresas quebraron, se disolvieron o desaparecieron sus responsables, y el sindicato virtualmente se eclipsó como si no teniendo contra quién luchar no tuviera razón de existir. Pero el hambre cundía y amenazaban devorarse entre sí. El sindicato entonces se redujo a una mera oficina de compra y venta de material, a través de la cual los obreros que aún quedaban en el Tandil aferrados a la piedra de toda su vida, colocaban, por riguroso turno, pequeñas cuotas de su trabajo acumulado, a la mitad del precio de



16/ Prodigio y acrobacia. Fue una actividad riesgosa, en la que se unía una habilidad casi mágica para cortar la piedra, y el permanente riesgo de accidente y muerte. Aquí, sobre un precario andamio, apuntalado con viejos rieles de ferrocarril,

tres obreros preparan un corte con pinchotes, del que desprenderán un bloque de considerables dimensiones que luego será reducido a miles de adoquines o cordones.

los años normales, en medio de la desazón y la desesperanza. Se acentuó el éxodo hacia Mar del Plata. Todos los días alguien desarmaba su casilla, vendía las chapas y se iba a fentar suerte en la cantera del puerto. Otros cambiaban de ocupación. Pero muchos seguían picando piedra, y las montañas de adoquines sin vender crecían, separando a los hombres entre sí durante semanas

y meses. No sabían hacer otra cosa y hacían adoquines, para sumarlos a los centenares de miles que acumulados, abarrotaban el mercado y constituían la causa de su infortunio.

Los planes viales puestos en marcha en 1931 no incluían la piedra labrada sino la triturada, para los pavimentos de concreto o de hormigón asfáltico. La desesperación inspiraba gestos quijotescos,

como el del doctor Luis María Varela, que regenteaba una cantera en Tandil y estaba al borde de la ruina. Logró que la Cámara de Comercio y el sindicato de las canteras auspiciaran un acto conjunto en un estadio de fútbol para pedir a las autoridades que los caminos se hicieran con granitullo. Fue escribir en el agua, pero quedó el gesto, la inusual unión de obreros y patronos para defender tardíamente la fuente de trabajo que se agotaba sin remedio.

Se iniciaba, tecnológicamente, la era de la piedra triturada. Desde el punto de vista laboral, significaba la muerte del antiguo mundo de las canteras, condenado a vivir desde entonces en la memoria de las gentes, hasta que muriéndose éstas quedara sepultado en el olvido. Ahora bastarían 25 hombres por establecimiento, con la sola especialización de algún mecánico y un técnico en explosivos, para mover una empresa de extracción y molienda.

De aquellos tres mil obreros de las épocas de oro de la Era de la Piedra Labrada, más de dos mil eran picapedreros: cortadores, refrendadores, adoquineros, granitulleros, cordoneros. El resto, herreros, peones, zorreros, cuarteadores, bochas, fogueines, parristas, barrenistas, estaban para servir a aquella aristocracia de las manos, a aquellos de los Rayos X en la vista que leían el interior de la piedra, a aquellos casi escultores, casi brujos de los cortes. Muy pocos planes de pavimentación urbana incluían el adoquín o el granitullo y para 1940 casi nadie pensaba en empedrar. En 1950 desaparecieron incluso los planes viales y muy pocas calles se pavimentaron de modo que, de no haber sido por el auge de las construcciones con estructuras de hormigón, la demanda de piedra triturada incluso, hubiera sido nula. Cuando en 1958 se retomó la acción caminera, ya no quedaban picapedreros sino para algún trabajo de encargo o el tallado y pulido de bloques destinados a monumentos funerarios.

Eran muy pocos, y casi todos viejos.

Cuando en 1959 se suscribió un convenio nacional para los obreros mineros, en las escalas de sueldos y jornales, los otrora aristócratas del trabajo pedrero, los que encabezaban siempre la nómina de las especialidades, habían quedado ocultos bajo el ominoso rubro de **etcétera** ■